

TERCERA
PARTE

Santiago 3:1-18

La Sabiduría Verdadera

CAPITULO SEIS

Proverbios Acerca de la Lengua

Santiago 3:1-12

Palos y piedras podrán romper mis huesos,
pero las palabras nunca me lastimarán.

Santiago desafía e invierte esta mofa popular infantil. En muchos casos, las heridas producidas por las palabras son más intensas y duraderas que las producidas por palos y piedras. Estas últimas heridas pueden sanar rápidamente, pero el sufrimiento resultante del mal uso de la lengua a menudo nunca sana.

Santiago no aclara explícitamente por qué dedica tanto espacio a hablar de la lengua (en todos los capítulos se menciona la lengua y el habla: 1:19, 26; 2:12; 3:1-12; 4:11; 5:12). Pero el hecho de que el mal uso del habla es causa de sufrimiento sin fin puede ser la clave para comprender la profunda preocupación de Santiago. En la exposición más amplia que hace del lema (3:1-12), Santiago se refiere a ello en el contexto de la sabiduría. En la tradición hebrea se necesita sabiduría para entender las perplejidades de la vida, y hay una constante interrelación entre el sufrimiento y la sabiduría. La lectura cuidadosa de Proverbios y de otros libros sapienciales del Antiguo Testamento y de la literatura judía extrabíblica revelan que el habla descontrolada es la causa de muchos de los sufrimientos y las confisques de la vida. Posiblemente Santiago esté usando aquí una serie de proverbios sapienciales para hablar.; desde otro ángulo más, de su tema general: el sufrimiento.

Es interesante que este comentario general siga a la declaración de que la fe sin obras es muerta (2:26). Uno se pregunta cuál es la conexión lógica. R.

V. G. Tasker propone la solución: “No es ilógico que Santiago diga, después de la declaración de que la fe sin obras es muerta, que las obras no deben estar limitadas a las acciones, las palabras también son acciones. En verdad, gran parte del trabajo del mundo se logra por medio de las palabras” (72). Parecería dudoso, sin embargo, que ésta sea la conexión que Santiago quiera hacer.

Esta discusión acerca de la lengua está conectada más precisamente con 1:26. En ese versículo, Santiago comienza su presentación acerca de la religión verdadera y de la defectuosa. Allí declaró: “Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana” (v. 26). Pero en el siguiente versículo presenta otro ingrediente de la religión pura y verdadera. En lugar de presentarlo en forma negativa, como en el versículo 26, lo presenta en forma positiva. En el versículo 27, el otro ingrediente de la religión verdadera es la preocupación por los pobres y marginados. Cuando Santiago amplía sus pensamientos acerca de estos dos aspectos de la religión pura, desarrolla el último (v. 27) en el capítulo 2. En el capítulo 3 vuelve al primero (v. 26), y trata ampliamente el problema.

■ Introduzcámonos en la Palabra

Santiago 3:1-12

Lea el pasaje mencionado en el subtítulo y realice luego los siguientes ejercicios:

1. En las referencias marginales de su Biblia, observe los textos paralelos de los libros sapienciales (Proverbios, Eclesiastés, porciones de los Salmos). Búsquelos y anótelos en su cuaderno. Hojee esos libros del Antiguo Testamento y vea si puede encontrar otros pasajes que hablen directamente de los temas a los que se está refiriendo Santiago en los versículos 1-12. Tome nota de ellos. ¿Se le ocurren algunos proverbios modernos que sean similares a la exhortación de Santiago (por ejemplo: “El pez por la boca muere”)?

Escríbalos.

2. Mencione tres o cuatro razones por las cuales los maestros (o líderes) serán juzgados más estrictamente que los demás. Explique cada razón.
3. Aparte de la enseñanza, ¿hay otras profesiones modernas a las cuales se podría aplicar el consejo de Santiago en el versículo 1? Menciónelas.
4. Explique, en un párrafo, cómo se relaciona el versículo 1 con el resto del pasaje.
5. Explique cómo cada ilustración y metáfora del pasaje completo apuntan enérgica e intensamente al propósito de Santiago.
6. ¿Cómo puede uno alabar a Dios y al mismo tiempo maldecir al prójimo? Si esto es posible, ¿le parece que Dios acepta la alabanza? Explique.

■ Exploremos la Palabra

Los Maestros y su Lengua

La primera amonestación de esta sección (3:1-12) está dirigida a los maestros. No estamos seguros de la identidad específica de estos individuos. El hecho de que la amonestación se dé dentro del pasaje que habla de la sabiduría sugiere que podrían ser sabios o maestros de sabiduría de la comunidad y de las congregaciones individuales. En el tiempo de Santiago, muchos de estos maestros eran rabinos, y muchos hombres jóvenes buscaban ansiosamente este cargo que implicaba privilegios y poder. También era ambición de los padres judíos que sus hijos fueran educados como rabinos. Era altamente deseable ser un maestro rabínico. John A. Burns observa que “era deseable cualquier contacto social que uno pudiera tener con un rabino: ya fuera hablar con él, tenerlo como invitado en la casa, casarse con su hija, aun llevar sus cargas, darle agua o cargar su burrito” (p. 124; véase también el estudio sumamente útil de Jeremías en *Jerusalén en tiempos de Jesús*, pp. 249-260, que contiene muchas ilustraciones acerca del alto respeto manifestado

hacia los maestros dentro del judaísmo). Los maestros pueden no ser solamente los rabinos, sino también los líderes de las sinagogas o de otros tipos de congregaciones. Las advertencias de Santiago podrían tener también una base sociológica. Estos “maestros” o “sabios” podían formar parte de la red política de los zelotes a los cuales se dirigirá más explícitamente en el próximo capítulo. En este punto, no es claro si Santiago tenía en mente un grupo especial o cualquier grupo. Podría ser que estuviera dirigiéndose a los líderes y maestros de las congregaciones, sinagogas, de los partidos políticos y sociales, así como a todo aquel que necesitara del mensaje. De lo que estamos seguros es que Santiago se incluía a sí mismo mediante el uso de la primera persona del plural en este primer versículo. Pero advierte que no muchos de entre su audiencia deberían presumir de ser maestros.

La razón de esta advertencia, en el contexto de su discusión acerca de la lengua, debe ser que Santiago reconoce que los maestros son personas locuaces por excelencia. La naturaleza misma de su trabajo los expone al peligro de que su habla ofenda y cause sufrimiento. Los maestros son educados no sólo para ser críticos (y en muchos casos son severamente críticos), sino que su posición destacada les permite estimular a sus seguidores a acciones que pueden traer dolor y sufrimiento. Es así que tanto el agente (el maestro) como el instrumento (la lengua) pueden ser peligrosos.

Superficialmente, este versículo de apertura parece tener la intención de desanimar a las personas a convertirse en maestros dentro de la comunidad. Pero ésa no es la idea de Santiago. Su énfasis se encuentra en la última frase del primer versículo: “Pues ya saben que quienes enseñamos seremos juzgados con más severidad” (DHH). Santiago está señalando los peligros inherentes a esta vocación de tremenda responsabilidad. Cuanto mayor es la responsabilidad, mayor es el juicio. Los que usan las palabras como herramienta de trabajo tienen una gran responsabilidad, y el mal uso del instrumento les acarreará un juicio severo. Las palabras de Santiago traen a la mente la declaración de Jesús en Mateo 12:36 y 37: “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”. Si esto es cierto para todas las personas, cuánto más

para los maestros, cuya posición destacada de liderazgo y su elocuencia en el habla les da un enorme poder y responsabilidad.

Antes de ser demasiado rápidos en señalar a los maestros y usar este texto como un palo sobre sus cabezas, oigamos lo que Santiago dice a continuación: “Todos cometemos muchos errores” (3:2, DHH); es decir, todos pecamos y cometemos errores. Todos somos vulnerables. Nadie puede decir que no ha errado, porque todos tienen por lo menos un pecado en común: el mal uso de la lengua. Esta es la idea de la última parte del versículo: “Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo” (v. 2).

Como observamos anteriormente en nuestro comentario de 1:4, la persona perfecta no es aquélla que no comete errores, no es la persona sin pecado. El énfasis más bien está puesto en la madurez y la integridad. James Adamson, comentando este versículo, dice: “El griego *téleios* [perfecto] en su sentido original contiene la... noción de progreso de un estado de inmadurez incipiente a un ‘final’ maduro, completo y que completa (*te'los*), en el que *télos* significa no sólo el punto donde algo termina, sino también donde ha logrado la plenitud consumada de crecimiento o progreso en atributos y cualidades dependientes de la naturaleza de su especie” (*James: The Man*, pp. 369, 370). Aunque éste es el significado básico de perfección, Santiago parece tener una norma más elevada, sugiriendo que si alguno nunca comete un error en lo que dice, ése es perfecto. Santiago no dice, sin embargo, que ese estado sea alcanzable o no en esta vida. Lo que sí admite es que todos nos equivocamos y que la lengua es la fuente de muchas de nuestras faltas. Por lo tanto, si pudiéramos de alguna manera tener cierto control sobre ese miembro del cuerpo, sería mayor la posibilidad de controlar toda la persona.

Notemos aquí que Santiago no está solo en este intenso interés por el poder de la lengua. La literatura sapiencial previa contiene mucho material acerca de lo mismo. El libro de Proverbios, especialmente, tiene mucho que decir en cuanto a la lengua ingobernable y apresurada en contraposición con la lengua controlada. Por ejemplo, Proverbios 10:19 afirma: “En las muchas

palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente” (compare con 10:8, 11; 16:27, 28; 18:7, 8). Pero es en el libro sapiencial apócrifo aparentemente favorito de Santiago donde encontramos un texto paralelo al de él, que resalta la idea de que todos tropezamos con nuestra lengua. En este texto, Jesús ben Sirac escribe: “Una persona puede cometer un error sin quererlo. ¿Quién no ha pecado con su lengua?” William Barclay observa que de todos los escritores judíos, Sirac “es al que más le impresiona la aterradora potencialidad de la lengua” (p. 82). (Véase, por ejemplo, 5:13-6:1; 14:1; 19:15; 22:27; y especialmente 28:13-26.)

El freno del caballo

Santiago quiere que su audiencia capte la magnitud de su argumento respecto del poder y la peligrosidad de la lengua. Aunque es pequeña en tamaño, argumenta, es grande en sus realizaciones. Para transmitir su idea, presenta una serie de ilustraciones: el pequeño freno que controla a un gran caballo, el pequeño timón que gobierna un gran barco aun en medio de una tormenta; la pequeña chispa que prende fuego a un gran bosque; y el hecho de que todos los animales y criaturas pueden ser domados (3:3-8). Ninguna de estas ilustraciones es original de Santiago. Él toma imágenes del mundo de su audiencia para transmitir su idea.

La primera metáfora de la serie se centra en el pequeño freno en la boca del caballo (v. 3). Aunque no se menciona expresamente el tamaño del freno, la expresión “todo su cuerpo” al final del versículo tiene la intención de destacar la pequeñez del instrumento de conducción y la magnitud de su efecto. Cualquiera que esté familiarizado con los caballos confirmará que si no se doma un caballo para las riendas y el freno mientras es joven, ese animal correrá y galopará con energía mal dirigida. Pero si el animal es amansado y acepta el freno, aún el más grande de los caballos estará a merced del jinete.

La similitud y la analogía son impresionantes pero no exactamente paralelas. Porque como ha señalado Duane Watson, las

riendas controlan al caballo, “pero la lengua no controla la persona de la misma manera física”. Sin embargo, observa, “en un nivel más amplio, el punto de comparación es que un elemento pequeño integrante de algo más grande puede impactar grandemente al todo mayor” (p. 58). La lengua, aunque es pequeña como un freno, puede lograr grandes cosas y tiene un enorme impacto sobre toda la persona, tanto negativa como positivamente.

El Timón del Barco

Esta idea de un objeto pequeño que es capaz de afectar y controlar a uno más grande se refuerza en la segunda ilustración (v. 4). Como en el caso del freno y el caballo, Santiago elige otra ilustración con la que su audiencia está bastante familiarizada. Los caballos sobre la tierra y los barcos en el mar eran dos medios de transporte populares. Por supuesto, los barcos no eran tan grandes como nuestros transatlánticos modernos o los cruceros, pero para la gente del siglo primero eran grandes. Podemos recordar la mención que Lucas hace de la nave alejandrina con su carga de granos y 276 personas, incluyendo a Pablo, que se dirigía a Roma (Hechos 27:37, 38). Aún una nave de este tamaño es enormemente grande en comparación con el timón que la gobierna. Este pequeño instrumento es uno de los objetos más vitales (sino el más vital) del barco para determinar el destino de la nave, de sus ocupantes y de su carga.

De manera similar, la lengua, aunque es una parte pequeña del cuerpo, es sumamente poderosa en comparación con su tamaño. Santiago dice que “se jacta de grandes cosas” (3:5). Sus palabras traen a la mente las del salmista, quien escribió: “Ponen su boca contra el cielo, y su lengua pasea la tierra” (Salmo 73:9). Por supuesto, debemos admitir que Santiago 3:5 no expresa específicamente la idea de arrogancia en la jactancia de la lengua. Esto ha llevado a K. V. G. Tasker a observar que “en un sentido, se puede decir que la lengua posee grandes cosas de las cuales se puede jactar *legítimamente*. La historia presenta numerosas ilustraciones acerca del gran poder de la oratoria para animar a los deprimidos,

despertar a los indiferentes, motivar a hombres y mujeres a la acción noble, y para dar expresión a las emociones humanas más profundas. La magia de las palabras ha jugado un papel incalculable en la larga historia de esfuerzos humanos y de sufrimiento humano. Podría ser, por lo tanto... que Santiago no esté en este punto queriendo desacreditar a la lengua, sino llamar la atención a la magnitud de sus realizaciones” (pp. 74, 75). Sin embargo, a la luz de las dos ilustraciones que presenta a continuación, es dudoso que Santiago tenga pensamientos positivos en relación con la lengua. En el mejor de los casos, sus pensamientos son neutrales; pero en el peor (y el más probable), son negativos. Lo que tiene en mente en este pasaje son los efectos poderosos y negativos de la lengua.

Una Chispa

La tercera metáfora de la serie de Santiago presenta a la lengua como un fuego (vs. 5b, 6). La literatura sapiencial judía está llena de dichos que comparan la lengua con una llama o con fuego. Salomón, por ejemplo, proclama: “El malvado es un horno de maldad; ¡aun sus palabras parecen llamas de fuego!” (Proverbios 16:27, DHH; compare con 26:21; Salmo 39:1-3; 120:2-4; Isaías 30:27; Sir. 28:22). Santiago pudo haber pedido prestada esta figura a estos antiguos sabios o aun a escritores grecorromanos más contemporáneos o a dichos populares. Pero la ilustración es de la Palestina cotidiana. Ralph Martin nos ha alertado acerca del hecho de que el escenario de Santiago era la ladera de un monte cubierta de matorrales secos y de leña. “Tal ambiente es literalmente un yesquero esperando la menor chispa para arder. Los lectores de la carta no tendrían problemas en entender esta figura y apreciar el riesgo de esa chispa que haría que el fuego se esparciera rápidamente destruyendo todo en su camino” (p. 113). Esta es la naturaleza de la lengua.

En 3:6, Santiago se dirige explícitamente al gran potencial destructivo de la lengua. Aunque el significado general del versículo es claro, es difícil y complejo cuando se examinan sus partes detalladamente. Para algunos, el versículo 6 es el pasaje más difícil

de la epístola; otros han sugerido que el texto griego es corrupto (en el sentido de que fue afectado en su transmisión); mientras que algunos llegan a decir que las palabras fueron agregadas mucho más tarde por un escriba. A pesar de sus problemas, la idea general del versículo no puede ser mal interpretada.

Lo primero que señala Santiago es que la lengua es “un mundo de maldad puesto en nuestro cuerpo” (v. 6, DHH). La palabra *mundo* es problemática, por lo que algunos comentaristas han traducido la palabra griega original *kósmos* como “adorno”, en el sentido de que la lengua torna atractivo el mal. Pero Santiago no da este sentido al término cuando lo usa en otras partes de la epístola. Como observamos en nuestro comentario de 1:27, “mundo” para Santiago es todo el esquema de cosas, valores y acciones que nos separan de Dios y que están en contra de lo que Dios exige. La lengua, entonces, representa todo el esquema de cosas que son malas. Es posible que Jesús tuviera en mente el mal uso de la lengua cuando dijo a la multitud en presencia de los fariseos y maestros de la ley: “No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre” (Mateo 15:11). Luego dijo a sus discípulos: “Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (vs. 18, 19).

Puesto que la lengua es un mundo de maldad, el siguiente pensamiento de Santiago es que “contamina todo el cuerpo” (3:6). La palabra traducida como “contamina” tiene el sentido de manchar. Los efectos malos de la lengua consisten en manchar y contaminar al individuo. La lengua logra lo contrario de la religión pura y sin mancha de 1:27, una religión en la cual la persona se mantiene “sin mancha del mundo”. El efecto de la lengua es la contaminación de toda la persona. Peter Davids lo expresa en forma creativa: “La llama de la lengua enciende la pasión: el genio se levanta; se inflama la lujuria. Pronto las palabras, ya sea como diálogo interno que no se oye afuera o como habla audible, estallan en acción. Las emociones,

todo el cuerpo, están comprometidos incontrolablemente” (James, p. 83).

La lengua impía no sólo afecta el cuerpo individual sino que “hace arder todo el curso de la vida” (3:6, DHH). La frase “curso de la vida” también es problemática. Los comentaristas han escrito extensos y numerosos ensayos tratando de explicarla. Es un término técnico que proviene del “ciclo de la vida”, que se encuentra en la literatura de las antiguas religiones de misterio en relación con la filosofía de la reencarnación. Pero Santiago no parece estar usándolo aquí en este sentido técnico. Está dando la idea de que la contaminación producida por la lengua no es un fenómeno temporal e individual; afecta toda la vida y todas las relaciones. Ejerce su influencia siniestra a lo largo de todo el curso de la vida de la persona. Hace muchas décadas, Lehman Strauss, comentando homiléticamente este texto, observó que “las palabras pronunciadas descuidada, necia y destructivamente, pueden incendiar toda la esfera de nuestra existencia, afectando seriamente nuestra vida familiar, nuestra vida de iglesia y nuestra vida comunitaria... Detrás de toda palabra impura, falsa, airada e hiriente que produce división está Satanás mismo. Conozco una familia que se ha dividido y cuyos miembros no se han hablado durante casi veinte años, como resultado de unas pocas palabras hirientes” (p. 132).

La idea de Strauss, de que detrás de una lengua impía está Satanás mismo, está en armonía con la idea final de Santiago en el versículo 6. Allí Santiago dice que la lengua misma es inflamada por el infierno. En otras palabras, la lengua recibe su poder del infierno. El término traducido como “infierno” no es *hades*, la palabra traducida más a menudo como infierno en el Nuevo Testamento. Santiago usa la palabra *géenna*, una transliteración de la frase hebrea “Valle de Hinnon”. Este valle era una cañada en el lado sur de Jerusalén, y era el basurero de la ciudad. Por su constante humareda y fuego se convirtió en símbolo del castigo final de los impíos, y la morada de todos los hacedores de maldad y de Satanás. Con esta frase final, entonces, Santiago está afirmando que el poder oculto detrás de la lengua es el diablo mismo, y que con ese poder se pueden producir daños incalculables. La paráfrasis bíblica *The Message* interpreta

gráficamente este versículo: “Por nuestro habla podemos arruinar el mundo, convertir la armonía en caos, arrojar lodo sobre una reputación, hacer que todo el mundo se vaya en humo e irnos nosotros también en humo, humo que proviene del foso del infierno” (v. 6).

Animales Domados

Santiago utiliza como su siguiente ilustración el mundo de los animales mudos y la habilidad humana para domarlos y controlarlos. El salmista escribió siglos antes: “Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies; ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar” (Salmo 8:6-8). Santiago está avergonzado por el hecho de que podemos domar todo tipo de animales (aun reptiles y criaturas del mar), pero “ningún hombre puede domar la lengua” (3:7, 8).

R. A. Martin ha sugerido que Santiago está entregándose a una hipérbole cuando declara que la lengua está más allá del control humano, “porque todos controlan sus lenguas por momentos. No debiera presionarse esto más allá de la pretensión de la hipérbole de que todo tipo de animal ha sido domado (v. 7). Esta manera de hablar exagerada sirve para imprimir indeleblemente en la mente del lector el tremendo y terrible potencial para el mal del cual es capaz el habla humana” (p. 38). Martin no es la primera persona que tiene problemas con el extremado pesimismo de Santiago. Hace siglos, los pelagianos transformaron la afirmación de Santiago en una pregunta: “¿Puede algún ser humano domar la lengua?” San Agustín respondió a esto que, según Santiago, nadie puede hacerlo, “ningún hombre”. “Declaramos”, dijo Agustín, “que por la misericordia de Dios, con la ayuda de Dios, por la gracia de Dios puede ser dominada” (citado en Kugelman, p. 39). Santiago, sin embargo, no incluyó estas palabras optimistas; simple y explícitamente afirmó que nadie puede domar la lengua. Al igual que todos los antiguos

escritores de proverbios, Santiago basó su afirmación en las realidades de la situación.

Santiago ha llegado a esta conclusión porque encuentra que la lengua es “un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (v. 8). A diferencia de las aves, reptiles y criaturas del mar, la lengua nunca descansa lo suficiente como para ser controlada. “En el contexto presente”, dice Ralph Martin, Santiago presenta la “figura de un animal enjaulado caminando de un lado al otro y buscando la oportunidad para escapar. Pero, mientras que es posible asegurar al animal de tal manera que no se escape, esto no es posible con la lengua” (p. 117).

Al decir que la lengua está “llena de veneno mortal” (v. 8), Santiago está comparando la lengua específicamente con una serpiente venenosa. Aquí está utilizando una metáfora del Antiguo Testamento que se encuentra en Salmos 140:3: “Aguzaron su lengua como la serpiente; veneno de áspid hay debajo de sus labios”. Con esta figura (que, entre paréntesis, data de la caída de la humanidad en Génesis 3), Santiago es bastante explícito en sus declaraciones negativas acerca de la lengua y de lo que ella realiza. Para él, la lengua es impía, venenosa.

Alabanzas y Maldiciones

En lugar de metáforas, Santiago utiliza a continuación ejemplos específicos para demostrar que la lengua está llena de inestabilidad. Él dice: “Con ella bendicimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios” (3:9). D. Edmond Hiebert dice que la lengua es “un verdadero Dr. Jekyll y Mr. Hyde” (p. 227). Es como el personaje de John Bunyan llamado “Locuacidad”, que “era un santo por fuera y un demonio en su hogar” (Moo, p. 128). Esta figura de inestabilidad y duplicidad de la lengua también era común en el Antiguo Testamento y en otra literatura judía. El salmista escribe: “Con su boca bendicen, pero maldicen en su corazón” (Salmo 62:4), y Jesús ben Sirac escribió más tarde: “Si soplas sobre una chispa, brillará; si escupes sobre ella la apagarás; sin embargo, las dos cosas salen de tu boca” (Sirac 28:12). Santiago condena esta duplicidad.

Santiago, por supuesto, no está condenando la habilidad que tiene la lengua para bendecir. Bendecir a Dios era una parte integral de la vida judía cotidiana. “Cada vez que se mencionaba el nombre de Dios, el judío debía responder: ¡Bendito sea él! Tres veces al día el judío devoto debía repetir el *Shemoneh Esreh*, las dieciocho oraciones famosas llamadas *Eulogias*, cada una de las cuales comienza con la expresión: ‘Bendito seas tú, oh Dios’ ” (Barclay, pp. 89, 90). Pero la misma boca que produce ésta, la forma más elevada, noble y pura del habla, también pronuncia maldiciones.

Las Escrituras no parecen presentar una enseñanza uniforme acerca de las maldiciones. Resulta útil el comentario de Ralph Martin al respecto: “Las expresiones de maldición (Deuteronomio 30:19), son otro de los temas comunes del Antiguo Testamento (Génesis 9:25; 49:7; Jueces 5:23; 9:20; Proverbios 11:26; 24:24; 26:2; Eclesiastés 7:21; Sirac 4:5), aunque se adopta una cierta actitud crítica hacia ellas. Los escritores del Nuevo Testamento hablan en contra de maldecir (Lucas 6:28; Romanos 12:14), pero Pablo a veces se acerca mucho a maldecir a otras personas (1 Corintios 5:5; Romanos 3:8; Gálatas 5:12). Existen evidencias... de que las maldiciones formales (o sea, dirigir maldiciones hacia aquellos que van a ser excluidos de la iglesia) no estaban estrictamente prohibidas en las primeras comunidades (1 Corintios 16:22; compárese con Hechos 5:1-11; 8:20; Apocalipsis 22:18, 19)” (p. 119). Para Santiago, sin embargo, no hay nada positivo en maldecir. A diferencia de la bendición, es la forma más baja, más indigna y más impura de hablar. El estaría de acuerdo con Jesús y con Pablo acerca de que deberíamos bendecir a los que nos maldicen, en lugar de maldecirlos (véase Lucas 6:28; Romanos 12:14).

Santiago está especialmente mortificado por la habilidad de la lengua para maldecir, porque estas maldiciones son amontonadas sobre criaturas creadas a semejanza de Dios. Aquí posiblemente se encuentra la historia de la creación (especialmente Génesis 1:27) detrás de las palabras de Santiago. Es vil maldecir al ser que Dios hizo a su imagen. En un sentido, nuestro autor está diciendo que cuando uno maldice a alguien hecho a imagen de Dios, en realidad está insultando y maldiciendo a Dios mismo. Se necesita en verdad una boca amarga y malvada para hacer eso.

Aunque parecería que podemos ser ambivalentes al maldecir y bendecir con la misma boca, Santiago parece aclarar que cualquier boca que intenta esto, en realidad es una boca que sólo maldice. E ilustra eso haciendo dos preguntas que de acuerdo con la estructura gramatical griega exigen una respuesta negativa: “¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos?” (3:11, 12). O como lo expresa la paráfrasis bíblica *The Message*: “Los manzanos no producen frutillas, ¿verdad? Las plantas de frambuesas no producen peras, ¿verdad? Uno no va a sumergir una taza en un agujero contaminado, lleno de barro, y sacar de allí agua clara y fresca, ¿verdad? La lengua puede producir sólo un tipo de fruta y un tipo de agua. Cualquier intento de mezclar lo bueno con lo malo produce sólo lo malo”.

■ Apliquemos la Palabra

Santiago 3:1-12

1. Si usted es docente (en la iglesia o en la sociedad), ¿puede pensar en alguna ocasión, hace mucho o recientemente, en la que sus palabras produjeron dolor y confusión en lugar de educar? ¿Cómo manejó esa situación? Si no ha tenido tal experiencia, ¿cómo utilizaría la amonestación de Santiago como “trampolín” para resolver la situación? Anote sus ideas.
2. ¿Hubo ocasiones en la última semana cuando abrí mi boca para desear luego no haberlo hecho? ¿Cómo puedo controlar mi lengua?
3. ¿Me enoja con quienes desprecian y blasfeman a Dios a través de sus palabras y acciones y sin embargo no doy importancia a las ocasiones en las que maldigo o hablo mal de quienes me desagradan? Mencione las ocasiones en la» que ha ocurrido esto.
4. Si piensa que usted es una persona celosa de Dios, pero sin

embargo siente un odio intenso por alguien o por un grupo de personas (ya sean étnica o religiosamente diferentes), escriba un párrafo en su cuaderno acerca de lo que le parece que Santiago le diría respecto de ello.

■ Investiguemos la Palabra

1. Utilizando una concordancia, busque los textos del Nuevo Testamento que contengan las palabras *maestro*, *enseñar*, *rabino* y *amo*. Haga una lista de las características positivas y negativas que se deducen de esos pasajes.
2. En 3:6, Santiago habla de los fuegos del infierno. Busque la palabra *infierno* en una concordancia que distinga las diferentes palabras hebreas y griegas originales traducidas como infierno. Necesitará para este ejercicio una concordancia exhaustiva o comprensiva que tenga ayudas griegas y hebreas. En base a los textos bíblicos, ¿cuáles son las diferencias entre los diferentes conceptos? Busque ahora la palabra en una enciclopedia o diccionario bíblico. Anote cualquier idea adicional que encuentre en esta investigación.

■ Estudio Adicional de la Palabra

1. Vea J. Jeremías, *Jerusalén en los tiempos de Jesús* (249-260) para obtener ilustraciones del elevado respeto manifestado a los maestros (o escribas) en la sociedad judía del primer siglo.
2. Una compilación importante de los mensajes de Elena de White para los maestros y en relación con ellos se encuentra en *Consejos para maestros, padres y alumnos*, véanse especialmente las pp. 53-58 y 175-208, donde el énfasis está puesto en el maestro.

